

cuya voz recorría desde las candelas al espectador el trayecto exacto entre la fabulación de una realidad humana y la sensibilidad del ser humano, que se oía a sí mismo, contemplándose.

Ecotasa con limitaciones
Después de dos años de oposición cerrada por parte de los ayuntamientos, la Asamblea Regional aprobó ayer la ley regional de Saneamiento, que arrebata a los municipios las competencias en materia de depuración de aguas. El consejero de Agricultura y Medio Ambiente, Antonio Cerdá, justifica esta medida en la precaria situación que sufrirán a principios de los noventa las depuradoras, la mayoría de las cuales estaban inoperan-

tes por falta de mantenimiento. Los hogares murcianos se encargarán ahora de contribuir a la financiación de las depuradoras por medio de una ecotasa por la que todos los ciudadanos pagarán igual –unas 25 pesetas por metro cúbico consumido–, independientemente de sus ingresos. Esa es la principal novedad y casi la única. No se observa en la nueva ley multas para quienes contaminen o mecanismos de vigilancia de los ríos. Ambas funciones seguirán encomendadas a la Confederación Hidrográfica del Segura, que carece de medios humanos para combatir los vertidos. Esto es, la Administración regional se limitará a poner vendas en lugar de evitar las heridas y reprimir a quienes las infljan.

firma, dirección, fotocopia del DNI y teléfono del autor. No se publicarán con seudónimo ni se admitirán las escritas a mano. No se mantendrá correspondencia sobre los textos no solicitados, ni contactos telefónicos en relación con los mismos.

CAMACHO, SUSPENSO EN ESTRATEGIA

■ Camacho, nuestro querido paisano, todo corazón, entrega, pundonor, honestidad, sinceridad, coraje y espíritu rebelde y combativo, ha fracasado en lo que se requiere para ganar una partida de ajedrez: estrategia, inteligencia, oportunidad, táctica, cambio de piezas, visión global del partido, etc.

Una selección de futbolistas tiene que ir bien madurada y bien pensada para la fase eliminatoria final; no se puede ir improvisando sobre la marcha.

En el primer partido contra Noruega, los cambios tácticos y de hombres estaban cantados en el descanso. Todos esperábamos que quitara a Fran y a Valerón (el mayor estorbo que ha sufrido el inteligente Guardiola), que salieran Mendieta y Alfonso y que pusiera a Raúl en su sitio, que no es otro que de media punta, triangulando con Guardiola y Alfonso. Sin querer, o sin saber qué hacer, se empeñó en sacar a los mismos. Al final lo hizo, pero ya había cantado Molina con el gol y, en mi opinión, con la intención de intentar justificar su escasa visión de urgente cambio de táctica.

Con Eslovenia, al insistir en su Valerón en el centro del campo, reconozco que me echó de la pantalla del televisor, no pudiendo juzgar ese partido.

Aunque contra Yugoslavia, potente selección ampliamente goleada por Holanda, se ganó por el jugador número doce (todas las Virgenes españolas, incluida la Fuensanta, con velas y cirios), el equipo empezó a funcionar con Abelardo, Sergi, Helguera, Mendieta, Guardiola (sin Valerón de estorbo), Alfonso, Munitis (el delantero más hábil y peligroso), etc.

Así las cosas, se le podía haber ganado perfectamente a Francia, pero, una vez más, su corazón se impuso a su cerebro y volvió a alinear al mediocre Aranzábal (dejando en el banquillo al explosivo Sergi), jugador de escaso recorrido y velocidad, que dispuso el segundo gol (con cantada de Cañizares), amén del primero de Zida-

ne, que todos sabíamos donde iba a poner la pelota, menos Santi (ya le hemos visto muchos goles así).

Finalmente, cuando ya estaba todo casi sentenciado, pierde los papeles y comienza a hacer cambios difíciles de entender: fuera Munitis (el único capaz de hacer daño arriba), Helguera y Mendieta, y saca, en frío, fuera del partido, a Urzáiz. Echeverría y Gerard. Sólo faltaba otra vez Valerón. Y *tos palante*, a ver si hay suerte. Por si fuera poco, parece que aún no se ha enterado de que Raúl no sabe tirar penalties (los zurdos tiran a la escuadra derecha o se les va fuera).

Así que sobresaliente en corazón, carácter y coraje, pero suspenso en estrategia, cambios tácticos y disposición en el campo. El *tos palante a ver qué sale* también lo saben hacer los entrenadores de muy inferiores categorías.

Jerónimo Hernández García •
MURCIA

LA SUBIDA DE LOS CARBURANTES

■ Ante la escandalosa escalada de precios de los carburantes que tanto perjudica al bolsillo de todo el mundo, (excepto a las grandes compañías y al Gobierno que tienen más beneficios, unas por aumento del precio en sí, y otro por el aumento en la recaudación del impuesto), creo que los consumidores podríamos tomar una medida si nos pusieramos de acuerdo.

¿Qué pasaría si aprovechando la enorme facilidad de comunicación que ofrecen Internet, televisión, prensa, radio, etc., nos decidiéramos a dejar de surtirnos en las estaciones de servicio de una de las grandes compañías, cualquiera que sea; Repsol, Cepsa, B.P., etc. durante un mes entero? Podríamos seguir surtiéndonos de las otras compañías, con lo que no nos afectaría en nada el boicot, pero la afectada notaría el efecto económico que ello le causaría y tendría que tomar medidas para evitarlo, con la consiguiente repercusión en las demás.

Tal vez sea esto *derecho al pataleo*, pero es preciso defendernos del abuso de esas grandes y poderosas compañías que, sospechosamente, logran burlar todas las medidas que se han tomado para aumentar la competencia con la liberalización del servicio.

Guillermo Ferrer Pascual •
ALCANTARILLA

FIRMAS PROPIAS

GÉNESIS GARCÍA



Derechos humanos

Los derechos humanos hunden su legitimidad en el ecumenismo cristiano; hay que observar que la católica España reconoció en sus Leyes de Indias a los nuevos súbditos como sujetos de derecho natural. Pero los derechos humanos que hoy se exigen como carta de presentación de cualquier país ante el mundo civilizado –mensaje que el presidente Aznar predicaba esta semana en China–, son hijos del liberalismo ilustrado. Y fueron alcanzados al cabo de tres revoluciones: la inglesa, la norteamericana y la francesa. Al proclamarlos oficialmente en el preámbulo de su Declaración de Independencia, en 1776, los Estados Unidos de América se adelantaron a alumbrar unos derechos que habían viajado a aquel lado del Atlántico desde la misma Inglaterra. País que ya en su Carta Magna había establecido que las leyes son superiores al Rey, principio que legitimó las monarquías parlamentarias posteriores. De las que podría decirse lo que decía aquel rebelde hindú contra la corona victoriana: «Los ingleses me enseñaron la palabra libertad: con ella los combatiré». Trece años después de que los norteamericanos declararan que «todos los hombres nacen iguales» y que «a todos confiere su Creador ciertos derechos inalienables, entre los cuales están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad...», la Asamblea Constituyente de la Revolución Francesa publicaba los Derechos del Hombre y del Ciudadano, documento que está en la base de todas las declaraciones de derechos que occidente ha formulado. Al finalizar las dos guerras mundiales, con Europa destrozada y Norteamérica convertida en líder de Occidente, los derechos humanos se reivindican unidos a la paz entre los pueblos: la ONU nació, en 1945,

con la intención de resolver los problemas internacionales sin recurrir a la guerra. Su Asamblea General de 1948 aprobó en París la Declaración Universal de los Derechos Humanos, declaración que ya es un fetiche de los tiempos nuevos.

No obstante su continuidad, hay diferencias en la instrumentación de los derechos humanos a lo largo del proceso expuesto. Primero, el liberalismo revolucionario estableció los derechos del hombre contra el absolutismo político, en favor de la soberanía nacional y la participación democrática en el gobierno. Después, liderados por Norteamérica, los derechos humanos se vinculan a la paz, al fin de las conquistas militares y en favor de las relaciones mercantiles de buena vecindad entre los pueblos. Y lo nuevo, lo último, lo que está pasando, es que los derechos humanos pugnan por salir de la órbita política, para ser algo más que soporte de discursos retóricos, pero ayunos de aplicación. Para lo cual han de ser puestos bajo tutela jurídica, defendidos por tribunales independientes del poder político. De tal manera que –dicho así por J. Daniel– los derechos humanos tienen que estar «por encima de Estados, fronteras y civilizaciones». Y por encima, incluso, de la propia democracia que los estableció, actuando los jueces en contra de los intereses políticos o económicos de sus propias naciones si fuera preciso. Este último remonte de lo jurídico sobre lo político es el que hace que países como Estados Unidos, pionero en la defensa de los derechos humanos, se oponga a la creación de un Tribunal Penal Internacional que los tutele con una jurisdicción universal que incluso al control de Norteamérica pudiera escapar.

TRIBUNA

ELENA CONDE GUERRI



La escalera iluminada

A Buero Vallejo le esperaba yo, acurrucada en el hueco de mi escalera particular, con el anhelo de que los primeros calores del estío coincidentes con la Selectividad se acordarían de él. Estos días, han ido poco a poco resbalando entre nervios y escepticismo de unas aulas sobrecargadas donde la nueva generación debe medirse si quiere transpasar la claraboya de la Universidad. Acierto y sabia elección esta vez del coordinador o coordinadores de la prueba de Literatura, no propiamente porque la estructura y composición dramáticas de las obras de Buero sea un jeroglífico por desentrañar (ahora, con los años, su esqueleto se nos antoja liviano), sino por algo bastante más profundo.

Antonio Buero Vallejo nos alambicó los sentires a toda una generación, *la del Preu*, fabricándonos una escalera de infinitas ensoñaciones más sagradas y vivíficas que la propia escala de Jacob. Nos hacía escapar de la ilusa monotonía sistemática y, allá por mis años salmantinos, cuando el TEU escenificaba con más ilusión que medios *la escalera* por antonomasia, el epitelio de nuestro corazón se ensanchaba y era como un día grande marcado por una especie de semiclandestinidad generosa y vibrante. A Buero lo arrebató el cielo hace nada, un día de final de abril, y desde ese día y tras las jornadas sucesivas, me ha quedado la duda de si el conjunto de la sociedad que aboga por la *humanitas*, jóvenes, ancianos y menos jóvenes, se han percatado hondamente que el autor ya no está entre nosotros. Y también si han glosado su obra y su talento como se merecía. Es verdad que todos los medios, y la prensa en especial, se hicieron eco de su partida y publicaron noticias y editoriales con mayor o menor énfasis según el compás de las entretelas de sus rotativas. Por citar un ejemplo significativo que no intenta desmerecer a otros, un diario de prestigio lanzó un monográfico donde varios intelectuales indiscutibles enjucaron el talento político y el talento artístico de Buero. Respecto al primero, desconciertan ciertas opiniones de autoridades vinculadas ahora oficialmente al poder si se analizan con perspicacia sus añejos juguetes ideológicos. El *homo, homo est...* En cuanto a lo segundo, considerando el indiscutible dominio de la dramaturgia por parte del autor, su prolífica obra conocida internacionalmente y el hecho de que fue merecedor de numerosos premios y galardones, así como miembro del número de la Real Academia Española de la Lengua, yo hubiese esperado bastante más, como un recuerdo vivo dosificado a través de estos meses.

Hasta los adioses oficiales, en el flash necrológico puntual, fueron más bien parcos. ¿Qué ha pasado en el

ejercicio freudiano del *sueño de la razón* de quienes podían haberse prodigado más y no lo hicieron? Manejando conceptos de parvulario más o menos identificables pero vacuos ya actualmente de significado: ¿mandó *la izquierda* a Buero al ostracismo?, ¿no le acogió y arropó *la derecha* como convenía?, ¿fue aceptada la llamada estrategia de dicho autor? Lo que sí tengo por seguro es que su opción fue sincera y meditada, considerando esa recóndita acidez y amargura después mitigada que respondían a experiencias y coyunturas personales del autor, dramáticamente vividas, sobradamente conocidas por todo el mundo. Y mi yo me dice que, por encima de los sistemas políticos, cíclicos y cambiantes como decía Polibio, la obra literaria de Buero Vallejo será siempre intemporal y perdurará porque nos ha legado como pocas, aún dentro de su desesperanza, una radiografía veraz de la condición humana.

En palabras del propio autor pronunciadas en los setenta: «El mundo está lleno de injusticias y de dolor. La vida humana es, casi siempre, frustración... pero la grandeza humana que a veces brilla en medio de esta miseria también debe ser mostrada». La salida del túnel no está obstruida sin remedio. Una luz se intuye. Es la misma alborada que enmarca el diálogo final entre Fernando y Carmina (la nueva generación) abrazándose en el rellano de la escalera. Se reta a la cobarde monotonía y mezquindaz de la vida. Se rehuye el devenir encadenado a un automatismo esencialmente estéril. Hay que ir subiendo los peldaños sin fatiga, en brincos estimulados por el amor, el trabajo y la esperanza de encontrar la lámpara de Aladino hasta en lo más prosaico. «Nosotros, no nos dejaremos *vencer* por este ambiente. Nos marcharemos de aquí. Nos apoyaremos el uno en el otro. Si tu *cariño* no me falta, emprenderé muchas cosas... Tendremos nuestro hogar, alegre y limpio, pero no dejaré de *estudiar* por esto. «Qué felicidad, Fernando, qué felicidad!». Hoy, en la arquitectura de los *Kursaaly* y los ascensores acristalados, la juventud vive un tiempo histórico que bien poco tiene ya que ver con los sinsabores de la segunda gran postguerra. Uno de los peligros que acechan en los modernos inmuebles y apartamentitos automatizados es precisamente el del olvido histórico, el querer prescindir de la vinculación entre la literatura y hecho y vida. Ojala estos jóvenes se empapen bien del mensaje de Buero («vencer, amar, estudiar») y no lo recuerden sólo como unas hojas amarillentas que tuvieron que leer por imposición. Pero, *homo, homo est!* Corre como un poseso tras unos goles que fueron delirio de la imaginación, o tras unas ubres de silicona y no repara los desconchados de su propia escalera existencial.